

Lobo



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Para Flo



SAŠA STANIŠIĆ

LOBO

Ilustraciones de
Regina Kehn

Traducción del alemán
de Alfonso Castelló

 Siruela

Las Tres Edades



Índice

- | | | |
|------|---|----|
| I | ¿Por qué los folletos sobre bosques no enseñan las astillas en los dedos ni las garrapatas? | 9 |
| II | Estar en un grupito y criticar a otros grupitos | 14 |
| III | ¿Qué extinguirías si pudieras extinguir algo? | 19 |
| IV | Aquí contra mi voluntad | 25 |
| V | Jörg | 31 |
| VI | Toca senderismo | 41 |
| VII | Hoguera | 60 |
| VIII | Lo amarillo | 68 |
| IX | Cabezota | 71 |
| X | La clase de dibujo | 80 |





XI El taller de escalada 87



XII Lo que debo admitir corriendo por el bosque 109



XIII El cocinero vomita 131



XIV La mochila 147

XV La rabia: el lobo 151

XVI Beate 171



XVII Las últimas horas en el campamento de verano del bosque 177



¿Por qué los folletos sobre bosques no enseñan las astillas en los dedos ni las garrapatas?

Mamá y yo hacemos ensalada. Me gusta hacer ensalada con mamá, porque solo hablamos de la ensalada; nos centramos por completo en la ensalada.

Hoy no es así. Hoy mamá empieza una frase con «Por cierto» sin necesidad alguna. Las frases de mamá que empiezan con «Por cierto» nunca acaban bien para mí.

—Por cierto —dice mi madre pelando el ajo—, te he apuntado a un campamento de verano.

—¿Está usted bromeando? —digo cogiendo un pepino como si fuera un micro y luego le tiendo el pepino.

—La primera semana de vacaciones. No puedo pedírmela. Pásame el prensaajos.

—Estimado público —digo dirigiéndome a los tomates—, la señora del ajo no bromea. —Le tiendo el

prensaajos y decido tomarme el asunto en serio—. Me puedo ir con la abuela —sugiero.

—La abuela tiene un curso de pintura en Malente —contesta mi madre machacando el ajo con fuerza en el aliño—. Además, te irá bien un poco de naturaleza.

—¿Naturaleza, a mí? Mamá, ¿cuánto hace que nos conocemos?

—¿Noches junto a una hoguera, patatas asadas a la brasa?

—¿Humo en los ojos, la lengua quemada? Por favor, ¡no hay fuego más triste que el de asar patatas!

—Escucha —dice mi madre mirándome—. Solo es una semana. El campamento está en medio del bosque y...

—¿En el bosque? Al bosque no voy de ninguna manera.

—Van a ir casi todos los de tu clase —me dice mi madre.

—Casi todos los de mi clase me dan igual —respondo.

—Y eso puede cambiar en una semana —contesta ella.

—Y ¿por qué iba yo a querer que cambie?

Mi madre se saca del delantal un folleto chillón sobre el campamento de verano titulado:

AVENTURA EN EL BOSQUE AVENTURA PARA TODOS

En primer término, una foto muestra un par de cabañas en un claro.

—Mira qué bonitos son los árboles —dice mi madre.

—A mí los árboles solo me gustan como armarios.

Mamá se quita un mechón de la cara con un movimiento de la muñeca. El gesto denota que está muy cansada. Suspiro y abro el folleto: el bosque tiene pinta de que acaben de pasar un aspirador, y parece como si hayan terminado de peinar el césped del claro en ese momento. Apuesto a que a las cabañas las dejaron impecables para las fotos. Si no supieras el incordio que son los bosques contemporáneos, podrías pensar que un bosque como el de ese folleto es totalmente inofensivo. Sin ortigas, sin maleza que pincha (pero si la propia palabra lo dice: ¡«maleza»!).

Tampoco se ven insectos, ni garrapatas, ni mosquitos. Los mosquitos, eso sí que es lo peor. Una vez hicieron una encuesta a mil personas sobre qué extinguirían si pudieran extinguir algo. ¿A que no sabes en qué puesto acabaron los mosquitos? Pues eso.

—Lo siento —digo devolviéndole el folleto a mi madre—, pero esto no es para mí.

—Lo siento —responde mi madre—, pero no lo vamos a discutir. Pásame el aceite de oliva, por favor.

—Sí que vamos a discutir las decisiones que me afectan.

—Esta decisión me afecta sobre todo a mí —dice mi madre en voz baja, más al aliño de la ensalada que a mí—, así que o vas al campamento del bosque, o vas al campamento urbano.

Ahí duele. Sabe el profundo odio que le tengo al campamento urbano: profesores mal pagados que se inventan actividades malas para una horda de niños malhumorados cuyos padres no pueden cogerse vacaciones o no pueden permitirselas. El infierno. El verano pasado, el primer día había que elegir entre «Manualidades con papel maché» o «Diversión en el huerto escolar», y a mí me habría gustado prenderle fuego a todo: el papel maché, el huerto escolar y la diversión, que consistía en enterrar algo, regar otra cosa y acosar a un pobre insecto con una lupa. Yo me escapé y estuve escondido en el baño durante cuatro horas, que pasé contando las moscas porque me parecía más divertido.

Mi madre empieza a cortar el cebollino.

—Ya he hecho planes. Ya sabes cómo es esto, cómo... son las cosas —añade. Por su voz pareciera que le daba pena el cebollino.

Lo sé; claro que lo sé: desde que estamos solo los dos, mi madre tiene que trabajar muchísimo, y no le queda mucho tiempo ni mucha energía para ella.

Me parece bien que haya hecho planes, planes sin mí. Las madres están bien, y no es fácil conmigo. El otro día intenté secar una camiseta en la tostadora.

—Enséñamelo otra vez —le digo señalando el folleto, como si realmente pudiera haber algo ahí que me interesara.

